



Vol. 7, No. 1, Fall 2009, 334-341

[www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente)

## Reseña/Review

Jonathan Ablard. *Madness in Buenos Aires. Patients, Psychiatrists and the Argentine State, 1880-1983*. Calgary and Athens: University of Calgary Press and Ohio University Press, 2008.

## La psiquiatría de la Patria: la locura en el siglo XX argentino

**Ernesto Bohoslavsky**

Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

Probablemente nada describa mejor la naturaleza íntima de una sociedad que la manera en la que trata a sus miembros más débiles: los ancianos, los niños, los inmigrantes y los enfermos, entre otros. Los recursos que destina a aquellos que han sido menos afortunados en la vida, a quienes tienen dolencias y viven expuestos permanentemente a situaciones de riesgo, es un indicador de los valores que se priorizan. Y el reciente libro de Jonathan Ablard es, precisamente, una señal de la prioridad que (no) le han dado ni el Estado nacional ni la sociedad argentina a la atención de los enfermos mentales, a quienes han tendido más a amontonarlos y a esconderlos hasta que muriesen que a ofrecerles instituciones correctamente financiadas y apoyadas para que logren reales niveles mínimos de contención y curación. La larga

historia de inestabilidad política del país agravó particularmente el funcionamiento de las instituciones de salud mental, afectando su funcionamiento cotidiano y boicoteando cualquier posibilidad de planificación a largo plazo de sus actividades.

Pero, simultáneamente con esta imagen brutalmente desconsoladora sobre la pobreza e ineficacia de los recursos invertidos para el tratamiento de las enfermedades mentales, asoma otra caracterización sobre el tratamiento de la locura argentina, aquella que da cuenta de cuán relevante e incluso urgente parece haber sido el tema para autoridades públicas, psiquiatras, médicos y periodistas a lo largo del siglo XX. La enorme atención de los medios de comunicación, la corporación médica, la literatura e incluso el Parlamento refieren las angustias y ansiedades colectivas en torno a la necesidad de recordar y volver a fijar los límites entre la normalidad y la anormalidad (tema que se volvió políticamente urgente en la legitimación de la actividad represiva de la última dictadura militar). Definir la excentricidad, la desviación y la locura son esfuerzos destinados, en primer lugar, a asegurarle al enunciador el lugar de la normalidad y la cordura.

El tema está lejos de ser novedoso para la historiografía dedicada a Argentina. El nacimiento de la psiquiatría a finales del siglo XIX, la prolífica obra de José Ingenieros, la asociación entre inmigración y locura y la asimilación del anarquismo a una enfermedad mental hacia el Centenario han sido temas recurrentemente tratados desde los textos fundacionales, producidos tras la restauración democrática, en los cuales se evidenciaba una fuerte influencia de la obra de Michel Foucault (Vezzetti 1983). Sin embargo, *Madness in Buenos Aires* consigue apartarse de los caminos más trillados y ofrece una mirada renovadora de las cuestiones referidas a la salud mental y sus instituciones de tratamiento. Por ejemplo, en lugar de insistir con la imagen de un todopoderoso sistema de dominación corporal, Ablard nos muestra un panorama bastante distinto, en el que los problemas edilicios, la incoherencia e ineficiencia de las decisiones y un sinnúmero de dificultades cotidianas minaron a esas instituciones a lo largo de todo el siglo XX. Esas complicaciones no fueron resueltas ni siquiera durante las primeras presidencias de Perón (1946-1955), en las cuales se multiplicó la inversión sanitaria. Del excelente libro de Jonathan Ablard quisiera destacar en esta reseña dos aspectos que me parecen

especialmente encomiables, aspectos estos que se encuentran fuertemente vinculados entre sí.

### I.

La primera de las apuestas que vale la pena resaltar es un doble ejercicio de apertura y de cierre de escalas de análisis. La apertura es la que se produce con la extensión cronológica que cubre: todo un siglo (1880-1983) es el que recibe atención en el libro. En general, el período que más ha interesado a los historiadores es el que se inició con la “Conquista del Desierto” en 1879 y que se clausuró con el golpe de Estado que derrocó al presidente Yrigoyen en 1930. Sin embargo, lo ocurrido después de 1930 ha sido bastante poco estudiado, de manera tal que resulta muy arduo establecer vínculos entre los historiadores que estudian las instituciones de salud mental durante el Centenario y los antropólogos y psiquiatras que se concentran en el estudio del funcionamiento de las instituciones de reclusión durante la última dictadura y la transición democrática (Visacovsky 2002). Pero el movimiento de Ablard no es sólo de apertura temporal sino de reducción espacial: el título del libro es *Madness in Buenos Aires* y no *Madness in Argentina*: las instituciones analizadas son el Hospital Nacional de Alienadas (hoy Hospital “Braulio Moyano”) y el Hospicio de las Mercedes, destinado a pacientes masculinos (que actualmente funciona bajo el nombre de Hospital “José T. Borda”). No se pretende explicar el caso nacional por haber estudiado a esas dos instituciones porteñas: la capital no es todo el país, y no necesariamente ilustra las tendencias “nacionales”. La distancia que mediaba entre las instituciones nacionales asentadas en la ciudad de Buenos Aires y las que sobrevivían en las provincias más pobres podía ser verdaderamente abismales, como han venido señalando otros autores (Caimari 2004).

La reducción de la mirada a un nivel micro le permite a Ablard poner en tensión la mayor parte de las aseveraciones de la literatura del control social sobre la productividad de las instituciones de encierro, en una muestra más de la utilidad y pertinencia de la estrategia de utilizar escalas no tradicionales (Frederic y Soprano 2009). Entre las cuestiones que ayuda a re-colocar con más fuerza en el debate académico, considero que la más relevante es la eficacia de las instituciones estatales para tratamiento de los enfermos mentales. Así, *Madness in*

*Buenos Aires* muestra que, a pesar del clima auto-celebratorio del Centenario y de los importantes esfuerzos institucionales y políticos para modernizar esa área desde la década de 1940, los hospitales siguieron (y siguen) siendo esencialmente casas destinadas a alojar a los pobres moribundos, abandonados e imposibilitados de cuidarse a sí mismos (19). Las deficiencias edilicias, las denuncias de abuso cometidos sobre pacientes, el personal escaso y sub-calificado que se desempeñaba en los hospitales y la falta de actividades tendientes a la sanación de los enfermos son algunas de las postales que el Hospicio de las Mercedes regala no ya para las primeras etapas de vida (su supuesta edad de oro) sino para todo el siglo XX.

De allí que una de las conclusiones del trabajo de Ablard sea que tanto la literatura sobre el control social en Argentina producida en los últimos 25 años y las obras y declaraciones de los psiquiatras y políticos de finales del siglo XIX comparten, paradójicamente, la creencia en que el Estado nacional tenía una capacidad imbatible de intervención y de regulación sobre los cuerpos y voluntades de los pacientes, tesis que los capítulos de *Madness in Buenos Aires* se encargan de desmentir con vehemencia y solidez. Ablard sostiene que “la capacidad del estado para proveer de servicios sociales y también para controlar a la población estuvo muchas veces mucho más limitado de lo que la literatura ha reconocido hasta el momento”. La realidad del funcionamiento de las instituciones de salud mental era mucho más compleja de lo que se ha supuesto. El Estado modernizador que se ha creído avasallante y todopoderoso, la elite médico-científica que se ha supuesto con la suficiente energía y prestigio para imponer su agenda y sus hombres en el Estado, en realidad debían compartir espacios con instituciones ajenas al paradigma civilizatorio laico y positivista como eran la Sociedad de Beneficencia y las órdenes religiosas femeninas, tal como ocurría en Chile.

Confirmamos entonces la validez de la sugerencia metodológica de Pablo Piccato (2003: 174), de hacer todo lo posible por “separarse del énfasis común que se hace sobre el éxito abrumador de las instituciones de control social y examinar sus resistencias y defectos”. ¿Por qué tanta distancia, entonces, entre lo que hallaron muchos historiadores y sociólogos en las décadas de 1980 y 1990 (esto es, instituciones imbatibles, reguladoras y eficientes en su intervención) y aquello que la

literatura viene encontrando recientemente (esto es, instituciones desguazadas, ineficaces, negociadas, incoherentes)? Está claro que lo que ha cambiado son las preguntas y las formas de interrogar a las fuentes más que los archivos (y sobre este punto se concentra la siguiente sección). La modificación del interrogatorio y del enfoque quizás deba algo también a una revaloración histórica de largo plazo sobre el Estado argentino, que hasta hace uno años había quedado fuertemente impregnada por los nocivos efectos sociales y académicos de la última dictadura (Bohoslavsky 2005).

## II.

El segundo punto del esfuerzo de *Madness in Buenos Aires* que considero especialmente fructífero y digno de ser emulado es el rescate de la pluralidad de actores involucrados en la salud mental. Durante cerca de dos décadas, la historiografía producida en Argentina se ha concentrado principalmente en el estudio de las elites políticas y profesionales involucradas en el proceso: médicos, psiquiatras, abogados, criminólogos, diputados, profesores universitarios, etc. Pero, variar la escala de análisis y estudiar en profundidad una o dos instituciones en lugar de todo el sistema nacional, le permite a Ablard construir una pesquisa y un relato más generales y polifónicos. En el texto, sin dejar de lado a estos relevantes protagonistas que han sido más analizados, realiza un rastreo mucho más amplio, que incluye la preocupación por los discursos y las prácticas provenientes de los internos de los hospitales y sus familias, tal como otros autores lo han hecho con otros grupos de enfermos (Armus 2007). Éstos no dudaban en jugar sus cartas, que lo mismo incluían la elaboración de sus propios diagnósticos y terapias como fugas y el envío de quejas sobre el funcionamiento de los hospitales en cartas dirigidas al presidente Perón (172).

Podríamos decir que a lo largo de todo el siglo XX en Argentina se consideró que la locura era algo demasiado importante como para dejarlo exclusivamente en manos de los médicos. El trabajo de Ablard permite ver cómo las familias intervenían e interferían en la labor de los médicos y enfermeras: de hecho, muchas de las internaciones y de las altas de los pacientes no se producían debido a una revisión exhaustiva y basada en la aplicación rigurosa y sistemática de principios científicos,

sino en los testimonios interesados de miembros de las familias (o en viejas anotaciones de otros colegas producidas sobre las fichas biomédicas y en una mirada superficial y rutinizada sobre algunas de las actividades y discursos de los pacientes).

Es especialmente sensible la manera en la que Ablard detecta la emergencia y consolidación de una imagen masivamente difundida y muy crítica de la psiquiatría, que desnudaba la ambivalencia de la población sobre esa disciplina. Ambivalencia porque por un lado las familias porteñas echaban mano de esas instituciones en la medida en la que las necesitaban, pero por otro lado la prensa y las creencias populares se mostraban irónicas y recelosas con respecto a la utilidad y beneficios curativos reales de las instituciones de encierro. De hecho, una de las conclusiones más salientes de *Madness in Buenos Aires* es la que postula que los pacientes y sus familias disfrutaron de un éxito no desdeñable a la hora de desafiar a la autoridad médica y legal. De hecho, sostiene el autor, “el cuestionamiento de la ortodoxia médica sigue siendo parte vital de la cultura popular argentina hasta la fecha” (p. 202). La desconfianza social sobre la psiquiatría reforzaba la sensación de frustración entre los especialistas en salud mental, quienes veían sus diagnósticos y órdenes contestados y desafiados desde abajo y en los medios masivos de comunicación.

Hacia finales de la década de 1930 la percepción de la prensa, de la corporación médica y de la población en general era de un sombrío pesimismo con respecto al estado del sistema de salud mental, al igual que ocurría con las instituciones penitenciarias, fuertemente desprestigiadas. De allí la frustración que Ablard detecta entre los psiquiatras ante la falta de recursos y el desinterés o el desdén expresados por el Estado y la sociedad ante sus prácticas y saberes. Esa falta de apoyo económico y simbólico motivó a los psiquiatras a desarrollar su actividad profesional echando mano a iniciativas muy creativas, que pudieran reemplazar la falta de fondos, tales como las emisoras radiales en la década de 1930 o la democratización de las comunidades terapéuticas en el radicalizado decenio de 1960.

La incidencia de los familiares, e incluso de los propios pacientes, en el diagnóstico y las terapias, así como la limitación de las estrategias de intervención física y psíquica lleva a la conclusión de que es más útil ver a las instituciones de salud mental como ámbitos de

negociación y de tensión permanente por imponer significados y decisiones. Y en esa forma de entender a las instituciones como espacios de disputa, Ablard muestra que la circulación y utilización de saberes específicos es una herramienta de la que se sirven los distintos actores para prestigiar sus posiciones y para recalcar las líneas de pertenencia y de exclusión. Contrariamente a lo que ha postulado buena parte de la literatura del control social, la jerga científica proveniente de la psiquiatría, la antropología jurídica y la criminología de cuño lombrosiano, no eran monopolio de las elites científicas o médicas (Caimari 2007). Por el contrario, la jerga era utilizada—no necesariamente con los mismos sentidos ni intereses—por periodistas, políticos y personas corrientes, entre los cuales podemos mencionar a las familias de los internados y a los propios pacientes.

En definitiva, el libro de Ablard resultará muy útil para aquellos interesados en el estudio de las instituciones estatales latinoamericanas en el siglo XX: sirviéndose de una reducción de la mitrada que tiene mucho de recorrido etnográfico, *Madness in Buenos Aires* consigue ofrecernos una imagen realista del funcionamiento de dos agencias encargadas de (mal)tratar a pacientes con problemas mentales. Pero simultáneamente es un libro sobre el ejercicio de algunas profesiones médicas (los psiquiatras) y su difícil relación con el Estado y las burlonas imágenes populares sobre su actividad laboral e intenciones. Por la sensibilidad con la que Ablard trata estas cuestiones, así como por lo innovador de algunos de sus aportes, sería deseable una pronta traducción al castellano.

### **Bibliografía citada**

- Armus, Diego (2007). *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950* (Buenos Aires: Edhasa).
- Bohoslavsky, Ernesto (2005). "La incurable desidia y la ciega imprevisión argentinas. Notas sobre el Estado, 1880-1930", en Vilas, Carlos, et al. (eds.). *Estado y política en la Argentina actual* (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento y Prometeo Libros), 107-129.

- Caimari, Lila (2004). *Apenas un delincuente: crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores).
- (ed.), (2007). *La ley de los profanos: delito, justicia y cultura en Buenos Aires (1870-1940)* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Frederic, Sabina y Soprano, Germán (eds.) (2009). *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina* (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, Prometeo Libros).
- Piccato, Pablo (2003). "Interpretaciones de la sexualidad en prisiones de la ciudad de México: una versión crítica de Roumagnac", en Trujillo, Jorge y Juan Quintar (eds.). *Pobres, marginados y peligrosos* (Jalisco: Universidad de Guadalajara y Universidad Nacional del Comahue).
- Vezzetti, Hugo (1983). *La locura en la Argentina* (Buenos Aires: Folios Ediciones).
- Visacovsky, Sergio (2002). *El Lanús: memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina* (Buenos Aires: Alianza Editorial).